
LA CONSTRUCCION SOCIAL DEL CUERPO

Lola Salinas

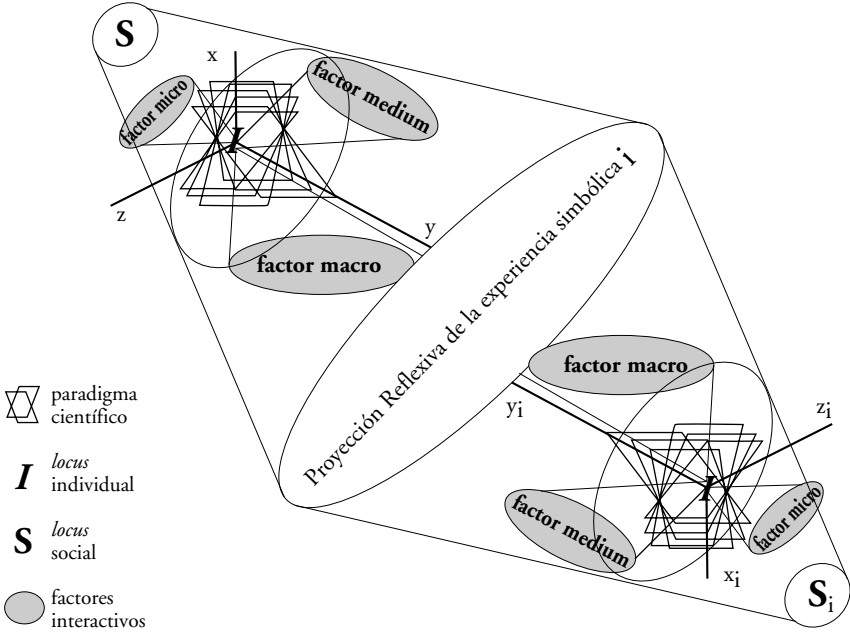
Universidad Complutense

Existen dos realidades fundamentales y básicas que caracterizan cualquier experiencia individual de la vida social, una es simbólica —el lenguaje—, la otra física —el cuerpo—. Estas dos realidades están presentes en todas las situaciones, y actúan como necesarias referencias físicas y simbólicas para que el individuo participe de los procesos de objetivación y socialización de la cultura referencial en la que se encuentra inscrito. Estas realidades interactúan permanentemente como medios de percepción y expresión individual de la cultura referencial, hallándose sujetas a significados cambiantes y variables. Ambas son manifestaciones de los procesos de *reflexión* del sujeto colectivo e individual. La reflexión se define como el proceso de «autoconciencia» de la cultura referencial (ver diagrama 1), la cual es objetivizada a través de las interacciones y reinterpretaciones del individuo, por medio de las cuales, simultáneamente, la cultura referencial es modificada sucesivamente.

En consecuencia con esta propuesta, el cuerpo y el lenguaje son procesos relacionales duales en la construcción de la identidad del individuo: 1) ambos son construidos en el contexto de los procesos de reflexión de la cultura referencial (v. gr., erotización, biologización y sublimación del cuerpo; politización, moralización, etc., del lenguaje); y 2) son significados físicos y simbólicos de la objetivación de la cultura referencial.

DIAGRAMA 1

Proceso de interacción reflexiva
 En el *locus* del individuo y de la cultura referencial



EL SIGNIFICADO DEL CUERPO

Diferentes propuestas teóricas sobre la naturaleza de la identidad del individuo (v. gr., psicoanálisis, aprendizaje social, desarrollo cognitivo, construcción social, etc.) apuntan hacia la existencia de un área incuestionable, la cual representa los límites de una frontera simbólica —pero no irreal— donde la sociología no tiene competencia científica: la esencia biológica del cuerpo humano. Este es un punto en donde, hasta el momento actual, las explicaciones sociológicas no se han adentrado: el significado de lo social en el proceso de humanización, o lo que es comúnmente llamado la evolución biológica¹. Aunque algunas teorías (Foucault, 1981; Bordo, 1988; 1990) explican cómo

¹ Uno de los enfoques que pone mayor énfasis en los factores sociales como el principal origen de la mayoría de los procesos humanos es el desarrollado por Luckmann. Sin embargo, Luckmann también recurre a la evolución biológica cuando se refiere a las diversas funciones y características del cuerpo humano. Thomas LUCKMANN, *Life-World and Social Realities*, Heinemann, Educational Books, London, 1983.

los diversos significados específicos que adquieren nuestros cuerpos son constituidos por nuestra propia cultura, las mismas teorías se refieren, igualmente, a un cuerpo preexistente a dicha cultura, una suerte de recipiente material, como el marco biológico necesario que para nuestras actividades sociales sean definidas en el contexto de la realidad.

Una de las críticas a la corriente teórica del construccionismo social es la contradicción que parece estar implícita en muchos de sus argumentos, para los cuales el significado del cuerpo adquiere un carácter indispensable en lugar de ser un rasgo culturalmente accidental². Diana Fuss (1990) basa su argumento en que el construccionismo social, al igual que otras muchas perspectivas teóricas, requiere de la constante e ineludible referencia al cuerpo humano como receptor de cualquier suceso social. Diana Fuss identifica el cuerpo como el «lugar» donde la sexualidad es una realidad en la vida de un individuo, el cuerpo es una condición permanente —aunque siempre cambiante—, una circunstancia *esencial* para la expresión de la sexualidad, sin cuya existencia la realidad social (v. gr., la sexualidad) no es posible. Es evidente que en ésta y otras propuestas que postulan la esencialidad del cuerpo, el atributo de esencialidad está íntimamente vinculado a la supuesta condición biológica, que aparentemente muestra el cuerpo como un ente tangible, material, no sujeto a los «vaivenes» del acontecer social y, por tanto, un fenómeno que no participa de la realidad social, sino que coexiste en paralelo.

En defensa de una definición del cuerpo humano como una realidad «cultural» en lugar de «esencial», debería contemplarse el hecho de que incluso la presencia permanente de un cuerpo biológicamente cambiante, una vez que entra en contacto con el entorno social (incluso antes de nacer el individuo), está sujeta a significados diversos, importantes para la interacción social. Este fenómeno es debido a que son esos significados los que determinan los comportamientos del individuo en respuesta a estímulos del entorno (v. gr., la adolescencia puede entenderse como período de cambios biológicos o bien como un cambio en las interpretaciones que el entorno social y el propio individuo realizan sobre manifestaciones físicas, psíquicas y sociales). Desde el momento que nos referimos a fenómenos que tienen lugar en la sociedad, la esencialidad de lo biológico pasa a un segundo lugar en su facultad determinante, frente a la acción de la cultura social, ya que otros aspectos sociales en los que la interacción del individuo tiene lugar (v. gr., la creación simbólica, el desarrollo de la medicina, etc.) modifican y re-crean esas realidades biológicas.

Existe la necesidad analítica de alejarse de las concepciones tradicionales (v. gr., el proceso de humanización entendido como evolución biológica) y de las proposiciones invariables (v. gr., la esencialidad del cuerpo humano)³, para situarnos en las realidades contingentes (v. gr., la eventualidad de la manifesta-

² Diana FUSS (1990), *Essentially Speaking*, London, Routledge.

³ Suzanne KESSLER y Wendy MCKENNA (1978), *Gender, an Ethnomethodological Approach*, New York, John Wiley & Sons Inc. (pp. 1-7).

ción física del cuerpo humano como consecuencia de un proceso social de humanización que bien podía haber sido otro, y con otros resultados distintos —véanse otras sociedades animales—. El hecho de observar a los factores biológicos como variables no determinantes en los procesos de humanización, sino como dependientes de la evolución e influencia permanente de un entorno social multifactorial, es fundamental para entender los límites de la biología en la explicación del sexo femenino y de los factores interactuando en la construcción de la identidad sexual femenina, cuyos orígenes y manifestaciones (v. gr., la asignación de género, las expectativas de comportamiento diferenciado entre personas de distinto género, etc.), puede argüirse, pertenecen a la realidad social.

De igual modo, sería de utilidad arrojar alguna luz sobre el análisis sociológico, y hacer extensible la misma propuesta social-constructivista para explicar históricamente los procesos de desarrollo psicológico y fisiológico del ser humano, a través de la evolución de las interacciones del individuo con su entorno social.

LA CONSTRUCCION SOCIAL DEL CUERPO

Suspendiendo la incuestionabilidad de las asunciones relativas a la naturaleza biológica del cuerpo humano, con fines analíticos se puede retroceder en el proceso de humanización, tratando de hallar algunas claves para entender cuál es el verdadero origen de las interacciones sociales, entre ellas el de la sexualidad humana. Para llevar a cabo esta tarea es preciso realizar una concisa pero ilustrativa referencia a las tradicionales propuestas biológicas.

Los puntos de vista de las sociedades occidentales acerca de la identidad sexual femenina han estado ampliamente influenciados por diversos postulados científicos y autores (por ejemplo, Hirschfeld, Ellis, Spencer, Freud) desde que Darwin (1856) expusiera la teoría de la evolución. En su tesis, Darwin reconstruía la cadena que relacionaba nuestra existencia en el tiempo y en el espacio, caracterizada ésta por ciertos elementos desarrollados con respecto al resto de las especies animales, y las propias características de nuestros antepasados. Resumiendo las asunciones darwinianas, se podría decir que la adaptación del ser humano al entorno «natural» requirió de la evolución biológica a través de la selección natural, y como consecuencia la «adecuada» reproducción de los organismos más capacitados⁴. Basándose en estos postulados, se han desarrollado ciertas ramas de la biología: sociobiología, genética, etc. Desde estas perspectivas, algunos autores (por ejemplo, Byrne y Kelley, 1986; Trivers, 1985; Matheu, 1990) creen, sin embargo, que la evolución no es un proceso selectivo que suceda a través de la adaptación, sino a través de la reproducción sexual, la

⁴ C. DARWIN (1956), *The Origin of Species*, New York, Modern Library.

más extendida entre las especies⁵. Es decir, estos autores reinterpretan el significado de la evolución desde el postulado darwiniano (la selección natural conduce a la reproducción del más capacitado) al nuevo postulado (la reproducción sexual conduce a la diferenciación y a la selección de los más capacitados). En consonancia, estas disciplinas cambian su objeto de investigación, que en lugar de ser los factores ambientales como fenómenos causales, pasará a ser los factores de reproducción sexual.

Las perspectivas que adoptan la evolución sexual como objeto de estudio tratan de explicar dos fenómenos diferentes a través de sus diversos enfoques. Primeramente, dan cuenta del proceso de «recombinación aleatoria» (o realizado mediante accidentes que suceden de forma aleatoria) que ha tenido lugar en las especies sexuadas, una vez que ocurre la división y multiplicación de las células en organismos unicelulares —permitiendo sobrevivir a sólo un 1 por 100 de las especies—. La creencia —en el contexto de la investigación biológica— es que el estadio final de cualquier cambio evolutivo en la reproducción es la «reproducción sexual», o la «reproducción diferencial» —no realizada por medio de accidentes aleatorios— (Byrne y Kelley, 1986), y susceptible de ser estudiada a través del comportamiento sexual.

En segundo lugar, la sociobiología trata de explicar la relación existente entre el comportamiento social y su origen genético o biológico. Los sociobiólogos han desarrollado conceptos tales como «la eficacia inclusiva» para explicar la información genética contenida en el individuo, la cual —paradójicamente— parece ser útil a los mismos para explicar fenómenos sociales como el «altruismo recíproco», el cual describe el comportamiento de mutua asistencia entre individuos de las mismas especies; o la «apatía del espectador» para describir la ausencia de solidaridad individual en las grandes ciudades modernas⁶. Este tipo de argumentación llega a ser incluso más paradójica hoy en día, cuando los genes no son sólo el producto de la humanización histórica del individuo, tal y como trataré de exponer más adelante en este mismo artículo, sino el resultado de la intervención de la ingeniería genética, que no es otra cosa que una ciencia producto de la realidad social.

Parece que estos fenómenos (recombinación aleatoria y origen del comportamiento social), estudiados por los sociobiólogos, son dos aspectos diferentes de la humanización, los cuales corresponden a circunstancias también diferenciadas en el tiempo, y que por tanto podrían ser demarcados, aunque la línea de separación es amplia e imprecisa. El desarrollo y evolución de las características de la reproducción sexual (hasta un cierto momento) y el origen de la sociedad humana son dos factores que reflejan diferentes períodos de la historia de los «organismos» que, aunque solapados, son susceptibles de una cierta demarcación: el *tiempo biológico* y el *tiempo sociológico*. El concepto de tiempo

⁵ José Antonio CARROBLES (1990), *Biología y Psicofisiología de la Conducta Sexual*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia-Fundación Universidad Empresa (pp. 23-27).

⁶ José Antonio CARROBLES, *op. cit.* (p. 24).

biológico podría ser aplicado a los encuentros caóticos, fortuitos, presumiblemente físicos, entre organismos irreflexivos, no conscientes de sí mismos. Mientras que el tiempo sociológico es aplicado al *locus* de las interacciones organizadas y reflexivas entre organismos. La historia biológica, en cuyo ámbito la recombinación aleatoria es un factor causal de la evolución en la reproducción de los organismos, puede ser definida como la frontera científica que marca los límites de los procesos biológicos, entendidos éstos como la causa determinante para explicar la humanización. La reproducción sexual, que tiene su origen como consecuencia de la evolución caótica y la división multicelular de los organismos, podría ser considerada como el sustrato del campo de interacción de los procesos sociales. Estas consideraciones, aquí apuntadas, contradicen, por dos razones diferentes, los intentos de sociobiólogos de «biologizar» la sociedad por medio de la explicación de comportamientos, identidades y cualquier fenómeno de la humanización, a través de factores biológicos.

La primera razón se fundamenta en la asunción de los biólogos de que el estadio final de la evolución reproductiva de los organismos es la reproducción sexual (Byrne y Kelley, 1986). La segunda razón se deduce del análisis del propio discurso biológico, desde una perspectiva sociológica. La sociobiología (e.g., Trivers, 1985; Matheu, 1990) describe cómo organismos sexuales multicelulares, en proceso de cambio de un entorno acuático a uno terrestre, tuvieron que adaptar su sistema de reproducción para suplir la falta de condiciones favorables que el agua aportaba para los encuentros entre células sexuales. Asimismo, es argumentado que la adaptación a un nuevo ambiente provocó el cambio gradual de una fecundación externa (en el medio agua) a una fecundación interna para proteger los huevos de un ambiente no favorable (aire). La fecundación interna requiere «contacto» entre los organismos. Los contactos para que sean efectivos, es decir, que su fin (la reproducción) se logre, tienen que ser organizados de acuerdo a las características de la reproducción sexual. El hermafroditismo sexual ha sido sustituido, en muchas especies, por el dimorfismo sexual, el cual parece ser más favorable a la adaptación al nuevo medio. Recientes investigaciones han identificado el gen (SR \bar{Y}) como responsable de la masculinización del embrión femenino a las 3/4 semanas de gestación, embrión femenino que sería el original y único⁷. El dimorfismo sexual ha desarrollado la división de los roles en la reproducción, y el sistema de identificación entre ambos sexos. Uno de los sexos (el femenino) asume casi la totalidad de las tareas del proceso reproductivo (antes de nacer la criatura), excepto por proveer uno de los dos gametos necesarios —esta función es llevada a cabo por el otro sexo (masculino)—. Lo cual es, desde la perspectiva de la reproducción sexual, de relativo valor, no esencial. Es defendido por Carrobbles (1990) que esta «inferioridad» en el sistema de reproducción fuerza al organismo del sexo masculino a luchar contra la «selección natural», desarrollando ciertas características «específicas masculinas» (v. gr., patrón de comportamiento

⁷ *El Mundo*, 3-XII-94 (p. 78).

sexual típicamente «promiscuo» para asegurarse la descendencia)⁸. Sin embargo, podría ser que Carrobles diera por hecho, como fenómeno universal, la promiscuidad masculina entre los animales, lo cual, además de ser cuestionable, tiene connotaciones de tipo cultural en relación a la sexualidad humana.

Una vez que la fase de desarrollo de la reproducción sexual dentro del proceso de humanización ha sido completada, se puede decir que la evolución biológica, basada en la «reproducción diferencial», ha finalizado su protagonismo en el desarrollo de los organismos. La reproducción sexual, el último paso de la evolución reproductiva, ha desarrollado una fisiología compleja en organismos especializados.

Este es un resumen muy simplificado, aunque ilustrativo, de ciertas asunciones sociobiológicas. Sin embargo, resulta suficiente para construir un argumento desde una perspectiva de la construcción social. La biología fundamenta la clave para entender la reproducción sexual humana en la necesidad de un «contacto» físico entre gametos (v. gr., fertilización *in vitro*). La realidad es que, una vez que este «contacto» es organizado, estructurado y sistematizado, deja de ser un «contacto» para convertirse en una «acción». La diferencia, fundamental, es que el contacto es fortuito y no planificado, mientras que la acción requiere información, sistema de procesar la información, planes y estrategias. La eficacia que caracteriza a la actividad de la reproducción, que podría ser desarrollada por los organismos sexuales con la sola intervención de los «contactos», no está presente en todos los individuos de la especie animal. La habilidad para llevar a cabo dicha acción pudo ser desarrollada sólo en ciertas especies animales, pero no en todas ellas.

El desarrollo de todas las características presentes en dicha habilidad, y la emergente organización de la vida en torno a ella, es lo que podría llamarse la *prehistoria de la sociedad*, la más cercana conexión que nosotros, seres humanos, tenemos con el pasado remoto. Desde este impreciso momento, la evolución biológica no sigue ningún proceso aleatorio, caótico e independiente. Se invierten los términos y allí donde la evolución biológica era determinante por estar libre de cualquier control que no fuera el de la propia fortuidad de los elementos, la biología pasa a estar sujeta a las reglas de interacción entre los organismos a través de las imposiciones de una organización específica: la organización social, sea ésta animal o humana. En esta etapa, históricamente imprecisa, donde tiene lugar el inicio de la *acción* (no de los contactos) entre organismos, comienza la interacción en el proceso de humanización de ciertas especies sexuadas. Esta interacción podría ser observada como la causa de las transformaciones más importantes en el desarrollo de las especies humanas. Asumo, en el contexto de esta afirmación, que otras especies de animales han desarrollado ciertos tipos de sistemas sociales, con ciertos niveles de comunicación, interacción y organización. No obstante, existe una diferencia fundamental, junto con otras subsiguientes. Dichas especies no han desarrollado un siste-

⁸ José Antonio CARROBLES, *op. cit.* (pp. 30-40).

ma de observación y reflexividad sobre sí mismas, similar al que la sociedad humana ha desarrollado⁹. Otra cuestión a observar sería por qué razón otras especies no han desarrollado el mismo tipo de sociedad humana, pero ésta no es el objeto del presente análisis. Cuando nos referimos a las interacciones sociales, en cuyo ámbito la sexualidad humana se manifiesta no sólo como un factor de mero contacto, sino como una construcción compleja en la que intervienen numerosos factores sociales (v. gr., significado de la edad y de los atributos del género, la posición social, la religión, etc.), no podemos aceptar por más tiempo que los factores biológicos guían nuestra evolución. La reflexividad social contribuye a la construcción de los individuos, capaces de modificar el entorno de forma intencionada y programada¹⁰ (v. gr., el comportamiento sexual tiene un significado simbólico, no necesariamente reproductivo). Y, en consecuencia, no podemos explicar la complejidad de la conducta humana (ni de los cuerpos humanos) simplemente a través de asunciones biológicas¹¹ (v. gr., en ciertas culturas, la mística alrededor de la virginidad femenina, los tabúes en torno a la masturbación, etc.).

Del mismo modo, las características de las manifestaciones del cerebro humano no dependen, fundamentalmente, de la evolución biológica, sino de la interacción social. En contra de lo que habitualmente se viene señalando desde el ámbito de la ciencia biológica-neuronal (Gur *et al.*, 1995)¹², las funciones neuroquímicas del cerebro humano no están diferenciadas de acuerdo al sexo del individuo debido a causas biológicas. Estas funciones y sus correspondientes estructuras deben ser observadas como el resultado de miles de años de una elaborada y compleja construcción de mecanismos, como respuesta a la especificidad de las interacciones humanas en el ámbito social, el cual ha determinado progresivamente unas ciertas necesidades (v. gr., el lenguaje como forma principal de interacción de la mujer, la competitividad como elemento clave de las relaciones entre el medio y el hombre, etc.), variables en el transcurso del tiempo. Este hecho se ve confirmado desde las propias propuestas de la investigación neurológica, que afirman que el sistema límbico (en el que residen las actividades emocionales) es la parte más antigua del cerebro, desde un punto de vista evolutivo. Lo que sugiere el hecho de una progresiva «aparición» de diversas funciones cognitivas a medida que el individuo ha requerido de ellas para su integración en la organización social-simbólica.

De este modo, las capacidades de la mente relativas a la simbolización, creación de significados, memorización, interrelación, síntesis, selección de información, procesamiento de datos, toma de decisiones, reflexión, autoob-

⁹ Emilio LAMO DE ESPINOSA (1990), *La Sociedad Reflexiva. Sujeto y Objeto del Conocimiento Sociológico*, Madrid, CIS.

¹⁰ Herbert MEAD y G. MIND (1934), *Self, and Society*, Chicago, Charles W. Morris, University of Chicago Press.

¹¹ John GAGNON (1977), *Human Sexualities*, Gleniew (Illinois), Scott, Foresman & Company (p. 17).

¹² GUR *et al.* (1995), *Science*, enero.

servación, etc., no son comunes a todas las especies sexuadas, no existen en especies en cuya organización social la interacción simbólica no es un medio fundamental. A alguien se le podría ocurrir, como argumento en contra, que la interacción simbólica es también un producto biológico (generado en la actividad reproductiva). En efecto, la interacción *fu*e una consecuencia necesaria de la reproducción, pero el inicio del desarrollo de las características de la interacción social tuvo lugar hace muchos miles de años, y no se debería confundir el inicio causal con la realidad actual que hace palidecer en el tiempo y en sus posibles influencias la naturaleza de su origen. Los últimos datos arqueológicos establecen que la primera aparición de homínidos en Europa sucedió hace quinientos mil años¹³. Si bien los seres más antiguos parecidos al ser humano (*homo erectus*), diferenciados de otros primates, habrían existido hace cerca de ocho millones de años en Africa del Este, en el valle del Great Rift¹⁴. Una red social de interacción flexible y en evolución, al tiempo que imperativa y determinante, desarrollada a lo largo de millones de años, ha sido el entorno constante que podría ser aceptado como el factor fundamental que modela las características cognitivas y la fisiología de los seres humanos. Esta red de interacción es la base de la aparición de los procesos *cognitivos simbólicos y de lenguaje*.

Se mantiene, desde distintas perspectivas teóricas en el contexto del construccionismo social (v. gr., Blumer, 1969; Foucault, 1986; Gagnon, 1977; Gagnon y Simon, 1973; Plummer, 1975, 1981, 1992), que las interacciones sociales organizan y determinan la vida sexual del sujeto de acuerdo a diferentes factores simbólicos, tales como el conocimiento, el lenguaje, la cultura, etc. Sin embargo, como se ponía de manifiesto al inicio de este artículo, la mayoría de dichos autores sugieren, a través de su discurso, que la vida sexual de un individuo contiene algo esencial (ver p. 86). La mayor parte de las teorías de la sexualidad asumen, en grado diverso, que nuestro cuerpo y lo que en él está contenido, especialmente nuestra fisiología cerebral y sus funciones, tienen una estructura y/o un desarrollo que están determinados biológicamente. De este modo, Luckman (1983) sugiere que «la estructura básica de este proceso [identidad personal] es seguramente “biológica”, pero no así sus operaciones específicas, las cuales están determinadas por la variedad histórica de estructuras sociales»¹⁵. Plummer (1975) sugiere que es importante «permanecer sensibles a las *barreras impuestas por la biología y la psicología*» cuando hablamos desde una perspectiva sociológica¹⁶, ya que son «realidades» fuera de las interacciones del individuo. Money y Ehrhart (1972) sugieren dos estadios en el

¹³ Altapuerca, Burgos. *El Mundo*, Madrid, 17 julio 1994.

¹⁴ Margaret EHRENBERG (1989), *Women in Prehistory*, London, British Museum Publications (pp. 38-39).

¹⁵ Thomas LUCKMANN (1983), «Remarks on Personal Identity: Inner, Social and Historical Time», en A. Jacobson-Widding (ed.), *Identity: Personal and Socio-Cultural*, Upsala, University Press (p. 109).

¹⁶ Kenneth PLUMMER (1975), *Sexual Stigma*, London, Routledge & Kegan Paul (p. 6).

proceso de dimorfismo sexual: las etapas biológicas —prenatal— y las etapas posnatales —socialmente determinadas—¹⁷. Estos autores describen la primera de las etapas como históricamente definida por la humanización; sin embargo, asumen que la humanización es un proceso fundamentalmente biológico. Estas asunciones biológicas están reflejadas (Le Vay, 1993)¹⁸ igualmente en la noción de que la estructura cerebral, así como la estructura genética, son los responsables del comportamiento homosexual.

Sin embargo, la esencialidad biológica del cuerpo humano y de sus funciones, a la cual parece referirse la inmensa mayoría de las teorías sobre la génesis del conocimiento humano, su comportamiento y su sexualidad, podría ser vista desde otra perspectiva, significativamente diferente: aceptar que el entorno natural y el proceso biológico fueron, como factores de intervención en la construcción de la sociedad humana, la antecámara de las comunidades sociales prehistóricas. Podría ser contemplado, asimismo, que una vez que la organización interaccional tuvo lugar en ciertas especies, la cualidad y la dirección de la correlación entre la influencia de factores biológicos y sociales fue invertida. Los aspectos organizacionales y la interacción fueron los responsables no sólo de nuestras relaciones y comportamientos, sino también de un proceso sin fin de diseño de la apariencia física de nuestros cuerpos, y de todos sus componentes, funciones y procesos. La construcción social del individuo, física y psíquicamente, se puede describir, en breve, como el resultado de las interacciones sociales a lo largo del proceso histórico de humanización, que moldean la flexibilidad de la realidad química (sistema molecular) y electrónica (sistema nervioso) para tomar la forma actual de las estructuras cognitivas y emocionales que, de seguir sometidas a la interacción social, continuarán procesos de evolución marcados por las características resultantes de la necesidad de adaptación al medio social. La habilidad analítica es una de estas funciones sociales, históricamente construidas, localizada en el cerebro humano. Es a través de esta habilidad, culturalmente transmitida y desarrollada, que somos capaces de observarnos a nosotros mismos, y a nuestro entorno, creando ciencias que dan cuenta de los cambios, fenómenos y relaciones, desarrollando modelos de actuación, capaces de intervenir en el propio entorno. Parece extremadamente paradójico que creemos una ciencia, en el contexto de la interacción social —biología, medicina, matemáticas—, y sea esta ciencia la que intente definir desde presupuestos no sociales nuestra existencia social. Vande Wiele (1974) critica esta situación, analizando cómo, por ejemplo, el dimorfismo de la hormona sexual ha sido construido socialmente por los biólogos, ya que, según este autor, la cantidad de la «hormona femenina» progesterona, aparentemente responsable del dimorfismo sexual del individuo femenino, es similar en ambos sexos, excepto en el período de la ovulación. Por ello llamar a esta hormona «femenina» es engañoso. Kessler y McKenna (1978) señalan, asimismo,

¹⁷ J. MONEY y A. EHRHART, *Man and Woman, Boy and Girl*, John Hopkins Press (pp. 1-2).

¹⁸ Citado en la revista *Interviú*, Madrid, julio 1993 (pp. 64-69).

la parcialidad inherente en conceptos relativos a la diferencia de sexos (géneros), presente en la investigación biológica, la cual conduce al «descubrimiento» equívoco de factores de diferenciación sexual —v. gr., el dimorfismo cerebral explicado como un dimorfismo sexual— que pueden, y deben, ser explicados en términos de factores educacionales y económicos¹⁹.

¿Por qué no cambiamos la relación establecida entre el constructor y lo que ha sido construido: sociedad y cuerpo humano, y ponemos las cosas en lo que parece ser su patrón relacional? El cuerpo humano, a través de los estudios biológicos —creados éstos en el contexto de la sociedad—, en referencia a la sexualidad humana, puede dar cuenta de la evolución de las características químicas (hormonales) y neuronales (transmisión neuronal y sistema nervioso). Siendo explicada su evolución en respuesta a los requerimientos de la organización social en torno a la reproducción, que tiene lugar en el contexto de la mediación indispensable de la interacción social. El cuerpo no podría explicar la organización social, los sistemas de reproducción o la diferenciación de los géneros. Estos necesitan ser entendidos en el contexto simbólico e interactivo en el que han sido construidos, observando el fenómeno social como la etapa final de la determinación biológica y como el inicio y la causa de la humanización.

¹⁹ S. KESSLER y W. MCKENNA, *op. cit.* (pp. 73-75).

RESUMEN

La influencia de factores sociales tales como la economía, la educación, la religión, la profesión, etc., no tendría ningún efecto sobre los procesos de construcción de la identidad del individuo a menos que procesos interactivos (v. gr., el proceso cognitivo) y estructuras específicas (v. gr., las funciones cerebrales) favorezcan todo tipo de interacciones entre la realidad «externa» (factores macro, medium y microinteractivos) y el propio «sujeto»¹. En este artículo el análisis se centra en mostrar cómo, paradójicamente, estos procesos y estructuras son determinados y/o construidos, por medio de las propias interacciones que ellos mismos posibilitan. Las características funcionales del cuerpo humano, y por lo tanto del cerebro, habrían sido determinadas a lo largo de millones de años de evolución de la cultura social manifestada en los procesos de humanización. Mientras que los procesos cognitivos requieren de la intervención de ambos elementos. De una parte, la humanización progresiva de la cultura social que se incorporaría al sistema de información genética a través de las diversas generaciones, hasta alcanzar el nivel que se manifiesta en un individuo concreto, perteneciente a una determinada cultura, sociedad y época. En segundo lugar, elementos determinados que coexisten en un entorno social dado, del que un individuo participa, contribuirían a la construcción de los atributos cognitivos (v. gr., habilidades, peculiaridades, etc.) de ese individuo. Debido a la principal actividad de estos procesos interactivos como «intermediarios» entre la realidad externa y el individuo, podrían ser definidos como «factores interfaz».

ABSTRACT

The influence of interactive factors such as the economy, the education, the religion, the occupation, etc., would not have an effect on the processes of identity construction in individuals, unless specific processes (e.g. cognitive process) and particular structures (e.g. brain's functions) favoured all kind of interactions between «external» reality (macro-, medium- and micro-interactive factors) and the «individual»². This article seeks to illustrative how those processes and structures are, paradoxically, determined by and/or constructed through the same interactions that they themselves facilitate. Functional characteristics of the human body and, therefore, brain properties would have been determined throughout million of years of evolution of social culture manifested in the processes of «humanization». Cognitive processes require the intervention of both factors: culture evolution and referential culture³. Initially, the progressive «humanization» of social culture would have been incorporated to the genetic information system through successive generations to reach a certain level in an individual, who belongs to a specific culture, society and age. Secondly, definite elements coexisting in a social environment in which an individual participates, would contribute to the construction of cognitive attributes (e.g. abilities, capabilities, attitudes, etc.) of this individual. Given the main activity of these interactive processes as «intermediate» factors between external and individual reality, they could be defined as «*interfacing factors*».

¹ Para un análisis más detallado de las características y diferencias entre realidad «externa» y realidad del «sujeto», ver Lola SALINAS, *The Social Construction of Female Sexual Identities. A Multirepresentative Analysis*, MPhil Thesis, University of Sheffield, 1994.

² For a detailed analysis of the differences and characteristics between «external» reality and «individual» reality see SALINAS, Lola (1994): *The Social Construction of Female Sexual Identities. A Multirepresentative Analysis*, MPhil Thesis, University of Sheffield.

³ Referential culture defines the specific social environment of an individual in a definite time and space. Salinas, Lola (1994): Op. Cit.